

DOCTOR. —Mas en vano pretendieron
Oponer tiempo y distancia
A la indomable constancia
De un cariño tan tenaz;
Aunque diez años pasaron,
Uno y otro se esperaron,
Y uno de otro confiaron
En el amor.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Cuando Cárlos, hombre y libre,
Volvió de reinos estraños,
Esento ya por sus años
De la patria potestad,
Antes que al hogar paterno
Se fué á la mansion de Rosa,
A ver si á su vez la hermosa
Le guardó fidelidad.

Rosa habitaba una quinta
En un bosquecillo aislada,
Y por las tápias cercada
De su rústica heredad.
Era de noche: desierto
Todo estaba en torno de ella,
Mas por un balcon abierto
De una luz vió claridad.

Era el de Rosa: arrastrado
Por su pasion, que le aqueja
Con los celos, por la reja
Trepó al balcon—Escuchad
Ahora—el padre de Rosa

Que de su honra andaba en vela,
Detrás de él por centinela
Puso á la muerte.

D. CARLOS. —Es verdad.

DOCTOR. —Penetró el mozo en la estancia
De Rosa; llegó á la puerta
De su alcoba....

D. CARLOS. —(Interrumpiendo.) Y la halló muerta
Sobre su lecho.

DOCTOR. —Es verdad:

Mas oid ahora el portento
Del *sublime* amor de Cárlos,
Por sí es la historia que os cuento
La misma vuestra.

D. CARLOS. —Contad.

DOCTOR. —Cárlos viendo á Rosa muerta
Perdió el juicio: al ver tan fuerte
Amor su padre....

D. CARLOS. —(Interrumpiéndole.)—El la muerte
Fué quien la dió.

DOCTOR. —Es la verdad:

Mas como era un doctor sábio
Que imposible no halló cosa,
A traer el alma de Rosa
Volvió de la eternidad;
Y volvió á Cárlos el juicio,
Y encendiéndoles la pira
Del himeneo....

D. CARLOS. (Interrumpiendo.)—¡Mentira!
Solo yó sé la verdad.

Don Carlos que siempre atento,
 Del doctor escuchó el cuento
 Señales de asentimiento
 Dando hasta el fin, cuando oyó
 Que Rosa, resucitada,
 Fué por el doctor casada,
 Soltando una carcajada
 Las espaldas le volvió.

Y yéndose hácia su padre,
 Que absorto llegar le mira,
 Le dijo: "todo mentira:
 " Yo solo soy quien lo sé.
 " El doctor es un malvado
 " Asesino: él mató á Rosa:
 " Mas yo hice otra, y su alma hermosa
 " De los cielos robaré."

Comprender no pudo el padre
 Las palabras de su hijo:
 Mas no tan pronto las dijo
 Como el doctor, que detrás
 De él vino, comprendió astuto
 Que su tiro habia derecho
 Ido á dar del loco al pecho:
 Pero era preciso más.

El médico habia querido,
 Trayéndole á la memoria
 Punto por punto su historia
 Hasta el momento fatal
 De su locura, obligarle
 A revelar la manía
 Que en ella le mantenía,
 Para comprender su mal.

Mas viendo que solo á medias
 Logrado habia su objeto,
 Y decidido el secreto
 De su demencia á apurar,
 Fuése tras él, y á la puerta
 Del salon que le da asilo,
 Del diálogo roto el hilo
 Volvió de este modo á atar.

DOCTOR. —Si no fué el doctor quien pudo
 Volver la existencia á Rosa,
 Y sois vos quien su alma hermosa
 Puede á los cielos robar,
 Probádmelo: ó creeré siempre
 Que el doctor solo ha podido,
 Que sois vos quien ha mentado
 Y que estais loco de atar.

Cayó en el lazo el demente:
 Y cediendo á su amor propio
 Provocado, de repente
 Con la altiva magestad
 Con que del mundo la máquina
 Pudiera mostrarle abierta
 Un génio, abriendo la puerta
 Del salon dijo: "¡mirad!"

Tendió el doctor sus miradas
 Por la misteriosa pieza,
 Y fué á asomar la cabeza
 Curioso el baron tras él.
 De aquel pedazo de mármol
 En el salon encerrado,
 Un prodigio habia brotado
 Del loco bajo el cincel.

Aquel informe peñasco
 Tenia ya la figura
 De una clásica escultura,
 Cuya acabada labor
 Revelaba el poderío
 Y el instinto soberano
 Del génio audaz y la mano
 Firme de un gran escultor.

Era la imágen de Rosa
 Sobre su lecho tendida,
 No muerta, sino dormida
 Con un sueño encantador.
 Todas las turgentes líneas
 De sus graciosos contornos,
 De su ropa y sus adornos
 Los detalles y el primor,

Y la cándida sonrisa
 Que en sus lábios acusaba
 Que su espíritu halagaba
 Un sueño hermoso de amor,
 Revelaban de consuno
 Su amoroso pensamiento,
 Bajo el casto sentimiento
 De su virginal pudor.

Su movimiento era tanto,
 Que cual obra de un encanto
 Parecia decir: "duermo,
 Pero voy á despertar."
 Y bien claro se veia
 Que en tan móvil escultura
 El amor y la locura
 Trabajaron á la par.

Permaneció unos momentos
 Su triunfo el loco gozando,
 Y el asombro contemplando
 Del médico y del baron
 Con la altivez del artista
 Que prueba, en su obra perfecta,
 Que el hombre es la predilecta
 Del que hizo la creacion.

Mas cediendo poco á poco
 El orgullo del artista
 A la insensatez del loco,
 A su demencia tornó;
 Y asiéndoles de repente
 Por los brazos, arrojóles
 De la estancia bruscamente
 Y por dentro la cerró.

Quedáronse ante la puerta,
 El baron estupefacto
 De la agresion de aquel acto
 Tras de mansedumbre tal,
 Y el buen doctor sonriéndose
 A solas congratulándose
 Y mil parabienes dándose
 De ver remedio á su mal.

Al fin el baron, con la ánsia
 De ese indecible cariño
 Del padre para quien niño
 En toda edad su hijo es,
 ¿Qué opinais doctor? le dijo:
 Y este respondió: "le curo."

BARON. —De cierto?
 DOCTOR. —¡Bah! estoy seguro.

BARON. —¿Cuándo?

DOCTOR. —Pronto.

BARON. Empezad, pues.

DOCTOR. Pues tomad: dadle seis gotas
 Del licor de este frasquillo
 Cada noche: yo al castillo
 Cada dia subiré
 Para estudiar sus efectos;
 Y cuando el remedio dado
 Le tenga ya preparado
 Para el último, le haré.

BARON. —¡Ah doctor! y ¿cómo entonces
 Recompensaros podria
 Dignamente?

DOCTOR. —Todavía

Mejor de lo que creeis vos
 Podeis hacerlo.

BARON. —¿Decidme

Con qué?

DOCTOR. —Con solo una cosa.

BARON. —¿Cuál es?

DOCTOR. —La estatua de Rosa.

BARON. —¿Con eso?

DOCTOR.

—Con eso: adios.

Y así diciendo, á la puerta
Ya el doctor se dirigía,
Cuando el baron, que aun tenia
En el alma otro escozor
Que en ella habian escitado
Las palabras de su hijo,
Corrió á atajarle y le dijo:
“Una pregunta, doctor.”

Detúvose éste, y mirándose
Uno á otro cara á cara,
A que el baron se explicára
Esperó en calma el doctor.
Mas hay preguntas difíciles
Que dejan al mas osado
Al ir á hacerlas cortado,
Porque atacan al honor.

Y la que el baron sentia
Saltársele de la lengua,
Al ir á hacer preveía
Que iba al doctor á ofender;
Mas ya le habia atajado,
Y ya el doctor escuchaba,
Y el buen baron ya no hallaba
Medio de retroceder.

Al fin el doctor, mirando
Que andaba el baron confuso,
Vueltas á una idea dando
Sin poderla formular
En palabras convenientes,
Y sospechando cual era
Su idea, de esta manera
Volvió el diálogo á entablar.

DOCTOR. —Vamos, baron, ¿qué tenemos
De nuevo? hablad: ya os escucho.

BARON. —Es cosa que cuesta mucho
decir.

DOCTOR. —Decidla ¡pardiez!
Sin temor.

BARON. —Va á sorprenderos.

DOCTOR. —Nada hay que á mí me sorprenda,
Baron.

BARON. —Puede que os ofenda.

DOCTOR. Solo ofende la doblez:
Y en el modo con que á tientas
Andais buscando un rodeo
Para decírmelo, veo
Vuestra sana sencillez.
Conque plantead sin empacho
Vuestra cuestion, por muy fea
O muy difícil que sea,
Y acabemos de una vez.

BARON. —Pues bien: oyendo la historia
Que habeis contado á mi hijo
Y lo que él luego me dijo,

Brotóme en el corazon
Una sospecha, fundada
En bien poco, lo confieso.
Mas que no dejó por eso
De meterme en aprension.

DOCTOR. —¿En las palabras de un loco
Vais á fundar un misterio?

BARON. —Es que lo que dijo es serio.

DOCTOR. —Dijo que á Rosa maté.

BARON. —Perdonad; mas si en un hecho
Su acusacion se fundára....

DOCTOR. —Suponed que la matara
¿Y qué?

BARON. —¡Diablo! ¿cómo y qué?
¡Pues ahí es nada el negocio!

DOCTOR. —No puede ser mas sencillo;
Baron ¿en vuestro castillo
El que manda no sois vos?

BARON. —Sí.

DOCTOR. —Pues yo mando en mi casa
Y en mi hija: y está enterrada
Mejor que no deshonrada
Por Don Cárlos.

BARON. —¡Santo Dios!
¿Confesais que la matásteis?

DOCTOR. —¡Bah! baron, no tengais miedo,
Que resucitarla puedo
Lo mismo que la maté.

BARON. —¡Jamás podré comprenderos!

DOCTOR. —Pues confesais tal torpeza,

No os calenteis la cabeza
Que yo me comprenderé.

Dad á Don Cárlos por gotas
El elixir de ese frasco,
Baron: y no os pegueis chasco
Creyendo sin reflexion
Cuanto oigais: porque en la tierra
Cuanto se escucha y se mira
Suele ser una mentira,
Si no oye y ve la razon.

Dijo el doctor y partióse,
Dejando al buen castellano
Con el frasquillo en la mano
Diciéndose: “¡pesiamí!”
“ Por mucha razon que tenga
“ Y por muy bien que la aplique,
“ No habrá razon que me explique
“ Lo que está pasando aquí.

“ Mas dice bien: en resúmen
“ Vale mas que hacer extremos
“ Reflexionar: razonemos
“ Pues. Que él la pudo matar
“ Por no casarla con Cárlos,
“ Es imposible; ni fuera
“ Tan audáz que se atreviera
“ Así de su muerte á hablar.

" En suma ese es su secreto:
 " Y á mas él manda en su casa
 " Como él dijo, y lo que pasa
 " Mas allá de su cancel
 " A nadie le importa: en ella
 " Hace él lo que le conviene,
 " Y ni me vá ni me viene
 " A mí nada en casa de él.

" Por otra parte, que anhela
 " Curar á Cárlos, es cosa
 " Que se vé bien, mas si á Rosa
 " Querrá vengar?... ¿Si será
 " Verdad lo que de él se cuenta,
 " Que es de raza de Agarenos,
 " Y no son mas que venenos
 " Las medicinas que dá?

" Tampoco es posible: sabe
 " Que tiene en la corte amigos
 " Cárlos: y es asunto grave
 " El dar con la inquisicion.
 " ¿Mas quién demonios me mete
 " A romperme la cabeza
 " Con semejante simpleza?
 " ¡Al diablo la reflexion!

" Ese hombre hace maravillas
 " Con sus frascos; y en conciencia
 " No se le puede la ciencia
 " Negar; y aunque yó no sé,
 " Que es lo que hay en su carácter
 " De misterioso y exótico,
 " Que yo á su génio estrambótico
 " Jamás me acostumbraré.

" Si á Cárlos devuelve el juicio
 " Y por pago se contenta
 " Con la estatua. . . . de mi cuenta
 " Sus sortilejos no son.
 " Yo le busqué como médico
 " Sin meterme en mas dibujos:
 " Luego, si lo és, con los brujos
 " Quémele la inquisicion."

¡Así piensa el nécio siempre
 Ciego, avaro y egoista,
 Y en su mal á que le asista
 La ciencia en que no cree vá!
 Y así el baron, decidido
 A aprovechar el ageno
 Saber, duda si es veneno
 Lo que la ciencia le dá!

VI.

Y trascurrió una semana,
Durante la cual subia
Al castillo cada día
El doctor muy de mañana;

Y á Don Carlos presentando
Su colacion matutina,
Iba de su medicina
Los efectos observando.

El mozo se acostumbró
Poco á poco á su presencia,
Y el médico con paciencia
La voluntad le ganó.

Pasósele la manía
En que con furor insano
De su puerta espada en mano
Las entradas defendia;

Y al llamar á ella el doctor,
Salia tranquilamente
Y almorzaba mansamente
Con él en el corredor.

Mentóle á Rosa una vez,
Y él, siguiendo en su manía,
Con la mayor sencillez
Dijo: "duerme todavía."

Sentóse un día el baron
Entre ellos dos á la mesa
Sin que hiciera de sorpresa
La menor demostracion;

Comió en silencio y tranquilo
Sin la señal mas ligera
De que les reconociera,
Mas no perdió nunca el hilo

De las continuas historias
Que el médico le contaba,
Y con las cuales trataba
De despertar sus memorias.

Don Carlos, cuya demencia
Tal vez era una manía,
Que completa le absorvia
La luz de la inteligencia,

Que habiendo todo su ser
Concentrado en una idea,
Le hace cuanto ella no sea
Incapaz de comprender,

Presta á cada relacion
Del médico oido atento,
Porque él echa en cada cuento
Un anzuelo á su razon.

Y del corazon humano
Conocedor, y de ciencia

Muy capaz cualquier dolencia
De sondar, le va á la mano

Con sus oportunos cuentos
Trayendo insensiblemente,
Haciendole diestramente
Hilvanar sus pensamientos.

Pero nunca los asuntos
Y relaciones horrendas
De sus sombrías leyendas
Tocaban mas que dos puntos:

El amor y la locura;
Amor siempre contrariado,
Pero siempre al fin logrado
Por milagrosa aventura.

Locura siempre causada
Por un amor imposible
O por una escena horrible,
Mas por el amor curada.

Pues todas sus relaciones
Concluian venturosas
Con curas maravillosas
Y hasta con resurrecciones.

El baron, que algunas veces
Tales historias oía,
A sí mismo se decia;

“¿A qué contarle sandeces

“ Semejantes? ¿No está ya

“ Bastante huero de seso

“ Sin venirle ahora con eso?

“ En fin, él se entenderá.

“ ¡Qué diablos! este doctor

“ No hace como los demás

“ Ninguna cosa jamás.”

Y se iba de mal humor

El baron á su aposento,
Dejando al doctor y á su hijo
Engolfados de algun cuento
En el relato prolijo.

Mas el buen doctor, que paso
A paso con sus intentos
Iba adelante, sus cuentos
Seguia sin hacer caso

Del baron; y cada dia
Con mas atencion Don Cárlos
Distraido en escucharlos
Menos loco parecia.

Y así pasó otra semana;
De noche apuraba el loco
Su frasquillo poco á poco,
Y el doctor por la mañana

Subia el afecto á ver
Del misterioso elixir,
Y tornábase á partir
Para tornar á volver.

Y siempre al irse, el baron
Al médico preguntaba
Si Don Cárlos mejoraba:
Mas nunca contestacion

Categorica obtenia:
Por lo que él daba por fijo